

Singular reconocimiento a Alonso Aguilar Monteverde

El día 26 de enero del presente año, en la ciudad de La Habana, dos intelectuales latinoamericanos fueron distinguidos por la obra realizada en sus respectivos campos. Uno de ellos fue el economista Alonso Aguilar Monteverde, profesor e investigador titular de la UNAM, durante más de treinta años, y cuyo papel en la ciencia social latinoamericana fue destacado por el escritor Roberto Fernández Retamar, presidente de la Casa de las Américas. En entrevista de la televisión cubana se felicitó al profesor Aguilar Monteverde y se mencionaron algunos aspectos de su trabajo de ya muchos años y, en su edición del día siguiente, el periódico Granma informó:

El notable ensayista mexicano Alonso Aguilar y la poetisa Idea Vilariño, una de las voces esenciales de la lírica uruguaya, recibieron anoche la medalla Haydée Santamaría que concede el Consejo de Estado, durante el acto de premiación del Concurso Literario Casa de las Américas 1994.

En Alonso Aguilar (1922) se reconocen sus aportes al análisis de la realidad política y económica de nuestra América...

Para los condecorados representó un alto honor que la medalla les fuera entregada por Melba Hernández, Heroína del Moncada y amiga y compañera entrañable de luchas de Haydée Santamaría.

Invitado por la Casa de las Américas a decir unas palabras en el acto a que se ha hecho referencia, Aguilar Monteverde expresó:

Queridos compañeros y amigos:

Confieso que al saber, por Roberto Fernández Retamar, que a sugerencia de la Casa de las Américas el Consejo de Estado de la República de Cuba había resuelto conceder a la distinguida escritora Idea Vilariño y al que habla la medalla Haydée Santamaría, me sentí profundamente emocionado y, a la vez, sorprendido. Y mi sorpresa fue mayor al enterarme de que tan generosa distinción se hizo en reconocimiento a nuestro aporte a la cultura latinoamericana, que al menos en mi caso ha sido, en verdad, muy modesto.

Desde siempre, puedo decirles, nos interesamos muchos jóvenes de mi época en el quehacer cultural de nuestros pueblos, mas no porque pensáramos que podíamos contribuir con algo importante, sino porque sentimos que de ese modo aprenderíamos más, conoceríamos mejor nuestra cultura, recogeríamos valiosas enseñanzas e incluso daríamos a nuestra vida una razón de ser y una genuina alegría. Lo que en cambio nunca nos atrajo fue la actividad cultural elitista y de salón, a la que sólo tienen acceso unos cuantos y que los ricos suelen comprar como si fuera una mercancía más.

Varias fueron las formas en que nos vinculamos al proceso cultural. Siendo aún estudiantes empezamos a conocer lo mejor de nuestro pensamiento; y les aseguro que descubrir a Martí, a Rodó, a Ingenieros, a Mariátegui, a Aníbal Ponce y a otros, fue como abrir una nueva y ancha ventana y dejar entrar el aire y la luz, empezar a penetrar en nuestras propias raíces y a cobrar conciencia —e incluso a sentir legítimo orgullo— de nuestra identidad.

Durante muchos años nuestro principal puente con la cultura fue la lucha política. La relación entre cultura y política no es sencilla. Algunos políticos suelen pensar que la cultura es un estorbo, y ciertos intelectuales menosprecian a la política y creen que es indigna de la academia. La relación entre cultura y revolución, cultura y socialismo, cultura e historia, cultura y libertad e independencia, es también compleja. La política es, como se sabe, una ciencia y sobre todo un arte. Y cuando se propone y logra hacer cambios de fondo en distintos aspectos de la realidad, se vuelve una de las fuentes más ricas de creación cultural e incluso la comprobación de que el hombre, en efecto, hace su historia. Y hacer la historia es, desde luego, mucho más importante que escribirla o comprenderla, y una manera de demostrar que la cultura es también creación humana.

Desde la lucha política pudimos conocer otros aspectos de la cultura, por ejemplo uno que a menudo damos por supuesto, esto es, lo que la gente hace en su vida cotidiana, la forma en que participa en el proceso productivo y en que, casi siempre sin reparar en ello —y aun sintiéndose ajena a la cultura—, multiplica los bienes y servicios esenciales a la actividad cultural.

Nuestro contacto con la ciencia social y el interés en conocer y contribuir a transformar la realidad, a partir de planteos teóricos que nos sirvieran de guía —no de dogma— nos ayudó a romper con esquemas y planteos simplistas, a superar el pragmatismo, a comprender que la historia no es lineal sino contradictoria y compleja, a pensar por nosotros mismos y a rescatar valores culturales que en general se ignoraban o menospreciaban en las universidades.

Las luchas de nuestros pueblos, y sobre todo las revolucionarias, fueron otra rica fuente de enseñanzas, y yo diría que la solidaridad

con la revolución cubana, en particular, contribuyó a ampliar nuestro horizonte cultural y a afirmar la convicción de que defender los derechos de otros pueblos suele ser necesario para ejercer los propios y para convertir en realidad caros anhelos.

Ahora, seguramente comprenderán ustedes que al decir que el reconocimiento que se nos ha hecho es inmerecido, nuestra actitud no es convencional. Lo cierto es que hemos recibido mucho más de lo que pudimos aportar; que nuestra acción no ha sido individual ni aislada, sino sólo una pequeña parte de un esfuerzo colectivo. Y en mi caso podría añadir que sin la comprensión y el apoyo, a lo largo de casi medio siglo, de mi compañera y esposa, aun lo poco que hice habría sido inviable. Por eso al recibir la medalla que esta noche nos entregó Melba Hernández, compañera de Haydée y ella también Heroína del Moncada, lo he hecho más que como dueño, como mero depositario y en nombre de aquellos con quienes, hasta aquí, trabajé.

No conocí de cerca a Haydée Santamaría, aunque tuve el gusto de conversar con ella varias veces. Siempre recordaré una charla, cuando apenas empezaba a cobrar vida la Casa de las Américas, en la que me impresionaron grandemente su sencillez, su informalidad y frescura, su entusiasmo, el cariño a su oficio, su entrega y su capacidad para formar el ejemplar equipo de trabajo de esta Casa, a la que debe ya tanto la cultura de nuestros pueblos.

No sé, obviamente, cuánto tiempo me quede de vida. Lo que sé es que, debido a leyes de la naturaleza que se imponen a nuestra voluntad, mis facultades irán declinando y, en tal virtud, lo que haga en adelante será muy poco. Pero quisiera decir a ustedes que para hacer honor a esa valiente, generosa, extraordinaria mujer que fue Haydée Santamaría, y a través de ella a esta Cuba revolucionaria que pese al bloqueo, la agresión y otros problemas sigue siendo la principal trinchera en la que se defiende la soberanía cultural y política de nuestros pueblos, les prometo seguir trabajando con entusiasmo, contribuir a las luchas populares y participar en aquellas en que me sea posible hacerlo; y, en pocas y muy sencillas palabras, tratar de vivir libremente y con dignidad.

Muchas gracias.